

## PREGÓN DE SEMANA SANTA

Por José Ibáñez Muñoz – 21 de Marzo de 2021

*“Y empezó a instruirlos: «El Hijo del hombre tiene que padecer mucho, ser reprobado por los ancianos, sumos sacerdotes y escribas, ser ejecutado y resucitar a los tres días»”. (Mc 8,31)*

*Excmo. y Rvdmo. Sr. Obispo de la Diócesis.*

*Ilmo. Sr. Alcalde del Ayuntamiento de Jaén.*

*Ilma. Sra. Subdelegada del Gobierno en Jaén.*

*Sr. Presidente de la Agrupación de Cofradías y Hermandades de nuestra ciudad de Jaén.*

*Rvdo. Sr. Consiliario de la Agrupación de Cofradías y Hermandades, y Vicario de Culto, Espiritualidad y Vocaciones.*

*Comisión Permanente y miembros del Pleno de esta Agrupación de Cofradías.*

*Amigo Javi, desde lo más profundo del corazón sólo puedo decirte, gracias, gracias y mil gracias por tus palabras, escritas desde el cariño del hermano en la fe.*

*Miembros de las Cofradías y Grupos Parroquiales de nuestra ciudad.*

*Un saludo muy fraterno a mis Hermanos del Silencio.*

*Y otro para la anterior Comisión Permanente de la Agrupación que tuvo a bien, y no sé por qué, pensar en mí para pregonar nuestra Semana Santa.*

*Hermanos todos, porque somos hijos del mismo Padre...*

***“Al llegar la hora sexta toda la región quedó en tinieblas hasta la hora nona... Y Jesús, dando un fuerte grito, expiró. El velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo”. (Mc 15,33.37-38)***

No fue un día concreto, ni a una hora determinada, pero en la pasada Cuaresma, unos dos mil años después, vivimos lo que aquellas gentes: nuestro mundo se oscureció.

Un mundo donde no sabíamos de excesos; donde buscábamos el poder omnipotente; donde lo que trascendía al ser humano nos sobraba; donde nos sentíamos seguros y poderosos; donde creíamos ser felices... de alguna manera se derrumbó mostrándonos la debilidad de nuestra felicidad, de nuestra seguridad, la mentira que es nuestro poder. Los muros de nuestra particular fortaleza, se rasgaron de arriba abajo.

Y mi fortaleza, no fue una excepción.

Soy enfermero y este último año lo he pasado en una unidad covid. No es el momento de hablar de mi experiencia, mi voz no aguantaría, sólo decir que viví una profunda oscuridad interior. Intenté aferrarme a mi fe, pero la Oración, la Comunión Espiritual, o la visita al Santísimo en la Capilla del hospital... no me sacaban de mi desolación. La imagen del Buen Samaritano que siempre me ha acompañado en mi profesión, no acababa de darme algo de luz. Tuve que hacer un duro viaje interior para liberar mi corazón, y tranquilizar mi alma.

¡Dios mío! Las tinieblas no me dejaban verte, pero Tú estabas ahí...

Sí. Gracias a Jesús Abandonado y María Desolada mi alma resucitó a la calma. Mi fe es el poderoso pilar que me sostiene, y me transforma en presencia viva de la Iglesia cuando acompaño a los que sufren. Mi fe ha logrado que asumir el riesgo de exponer mi vida para cuidar y escuchar al que sufre en su enfermedad, no entre en mi discernimiento profesional.

Como dijo el salmista: ***“¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho?” (Sal 115)***. Ahora confío más en los planes del Señor para mí.

... y la vida no se detiene aquí.

Hace un año tenía que haber comparecido ante vosotros para, en nombre de las cofradías de Jaén, exaltar la Pasión, Muerte y Resurrección de nuestro Señor, pero Dios esa mañana, al cambiar el elegante chaqué por un desechable epi, me bendijo de otra manera: me pidió que en vez de ser su voz, fuera sus manos.

Tenía que haber pronunciado un pregón que cuando volví a leerlo, ya no servía, pues este año, en contra de lo deseado, tampoco saldremos a la calle; pero hay otro motivo: el pregonero no es el mismo, hasta escribir estas líneas me ha costado más de lo imaginable. Aparentemente seré la misma persona, pero lo vivido en este año me ha cambiado, y lo que es más importante, ha purificado mi relación con el Señor.

Y aunque tarde, aquí estoy, desubicado, en un atril desde el que se han pronunciado pregones de prosa muy elocuente, pregones poéticos que te abrían todos los sentidos, pregones llenos de sentimiento que llegaban a lo más profundo de tu ser, pregones de gran discernimiento costumbrista, pregones de elevada espiritualidad... Yo no tengo nada de eso... ¡Dios no me ha dado esos dones! Sólo puedo ofreceros mi fe que no tengo miedo a pregonar y, el agradecimiento por esta oportunidad de poder cumplir con el Ministerio de Profecía. Ministerio que todos tenemos en la misma medida que el Papa Francisco o nuestro Obispo D. Amadeo, porque lo hemos recibido del mismo Bautismo. ¡Nunca te avergüences de dar testimonio de Dios! ¡Nunca!

Por ello, mi pregón, del que quiero seáis protagonistas, será sencillo; os haré partícipes de mis reflexiones sobre lo que rodea a nuestras cofradías y lo que me dicen nuestras imágenes; pero también será muy humilde, pues sólo soy un laico por vocación comprometido fielmente con la Iglesia, y al mismo tiempo, enamorado de nuestro mundo cofrade del que, os he de

confesar, soy un profundo desconocedor comparado con los actuales grados en Semana Santa por las prestigiosas universidades de las redes.

¿Quién puede decir que la pandemia no le ha afectado?, y ¿qué ha pasado con nuestras cofradías?

Los costaleros ensayaban, las bandas intensificaban su trabajo, las cofradías celebraban sus cultos, las casas hermandad recibían a los cofrades... pero se estableció el estado de alarma, y las cofradías quedaron descolocadas.

Unas, mirando hacia atrás, se convirtieron en estatuas de sal; otras, reaccionaron intentando salir del paso con alguna cosa... saber de antemano que no vas a salir, no entraba en ningún planteamiento.

Desde entonces, ha sido admirable la labor caritativa de las cofradías, pues las vergonzantes “colas del hambre” siguen creciendo a pesar de medidas políticas tomadas mirando a la galería. Ha aumentado la presencia cofrade en el mundo digital con encuentros virtuales y retransmisiones de cultos. Sabiéndose adaptar, han recuperado algo de normalidad con pregones y presentaciones. Los cultos, se han valorado de otro modo al no poderse celebrar el pasado año. La gestión económica se ha reinventado al desaparecer medios habituales de ingresos... ¡Ojalá alguno de esos cambios perdure! Nuestras cofradías, han acabado reflejando a una tradición que lucha contra la tradición.

Sin embargo, habiendo cambiado nuestro hacer, creo que aún está pendiente el de nuestro ser: reivindicar y asumir nuestro papel en la Iglesia.

El pasado año, en el Congreso nacional de Laicos, nos reunimos, durante tres días, laicos de todas las asociaciones, movimientos, ministerios

y, carismas que conforman la Iglesia. Yo participé en diversos foros de reflexión sobre el papel de los laicos hoy, y en ninguno de ellos encontré a alguien que se presentara como cofrade. Es más, los eché en falta en nuestro Congreso Diocesano. ¿Cómo pueden los laicos de nuestra iglesia reunirse y no estar los cofrades?

No es que la Iglesia nos necesite ahora. ¡Es el mismo Jesús el que nos necesita! ¡Sí, ese que veneras bajo cualquier advocación, es el que necesita de ti! ¡Su Buena Noticia, su Evangelio, hay que llevarlo al medio de un mundo complejo y hostil, y tú, cofrade, estás llamado a hacerlo!

No vale decir que nuestra Iglesia no tiene sensibilidad cofrade; que hay pastores que a los cofrades no quieren vernos; que hay hermanos en la fe que nos consideran “cristianos de segunda”... ¡no busquéis excusas!

En el mensaje que el Papa envió al congreso, nos decía que era la hora de los laicos... *“que con su modo de vivir sean capaces de llevar la novedad y la alegría del Evangelio allá donde estén”*, mensaje en el que nos pedía que huyéramos de las “tentaciones” que sufre el laico dentro de la Iglesia, donde señalaba el clericalismo como una auténtica plaga. Está bien que no caigamos en ellas, el Papa nos bendice por eso, pero no podemos permanecer en tierra de nadie.

¿Quién se atreve a decir que nuestras manifestaciones públicas de fe, nuestro arte, nuestra música, no son medios de evangelización? ¿Quién dice que no hacemos misión?... pero falta conversión interior. Cuando das una limosna, meter la mano en el bolsillo puede ser que no tenga ningún valor, lo que importa es lo que siente el corazón cuando haces ese gesto, porque según lo que sienta, valdrá más o menos lo que saques.

Por eso, se necesitan cofrades que sean laicos maduros. Cofrades que se sientan llamados a evangelizar; que vivan su fe junto a otros cristianos; que necesiten formarse siempre para adecuar su fe a su vida; que trabajando en las comunidades parroquiales se sientan unidos a nuestra

Iglesia diocesana... cofrades que comprendan lo prioritario que es llevar a Jesús al centro de nuestro mundo.

Lo importante es que tomes, decididamente, el camino hacia la santidad, seguro que en el mismo adelantarás a más de uno que va dando lecciones de cristiandad. Eso es lo que necesita Jesús de ti. ¡No busques excusas! ¡No te pongas de lado! Cofrade, mira a esa imagen que veneras, ponte delante de esa imagen que te une a Dios, y dile, como el salmista: *“¡Aquí estoy Señor, para hacer tu voluntad!” (Sal 39,8-9)*

### **“PORQUE EL HIJO DEL HOMBRE NO HA VENIDO A SER SERVIDO SINO A SERVIR” (Mc 10,45)**

Andaba por Santa Clara buscando razones para rechazar este gran regalo, cuando el sí decidido de una mujer a Dios, me hizo pedirle perdón por dudar de sus designios, y dar un sí a su muestra de amor hacia mí.

Soy un cofrade que va de recogida como mi Hermandad: en silencio, con paso firme hacia la casa del Padre, con el corazón acelerado y la alegría del Hijo Pródigo. Camino de retorno que comparto con aquellos que vivimos el resurgir de las cofradías en los años ochenta, pero aunque andemos de retorno, la tarea no ha terminado.

Acompañar a mis hermanos del Silencio en su crecimiento cristiano, sin charlas ni sermones, sólo con mi testimonio, mi alegría evangélica, mi paciente escucha, mi amor a Dios y a ellos, sin juzgarlos, es una hermosa tarea que os pido pongáis al servicio de vuestras cofradías.

Cofradías cuyas vidas no siempre han tenido un fácil recorrido, con periodos de esplendor y decadencia; como carreras rompepiernas de continuas subidas y bajadas.

Desde el siglo XVI han dado presencia a una religiosidad popular que es uno de los caminos que Dios ha trazado para llevarnos a Él. Religiosidad popular que es *“fruto del Evangelio inculturado”* (EG 126). Religiosidad popular que en palabras de nuestro pastor D. Amadeo es *“un tesoro que tenemos en esta tierra”*.

Una religiosidad popular que no es bien entendida por la visión estereotipada que se tiene del mundo cofrade. Son ciegos ante el hecho de que en las cofradías subyace una fuerza evangelizadora que no hay que menospreciar, *“particularmente a la hora de pensar la nueva evangelización”* (EG 126); desde luego, no nos miran *“con la mirada del Buen Pastor, que no busca juzgar sino amar”* (EG 125).

Nuestras cofradías han cambiado a la luz de los tiempos. En la calle nada se parecen a los desfiles procesionales del siglo pasado, pero aún configuran una Semana Santa peculiar ésta de nuestro Jaén, ni castellana ni andaluza (por mucho que se mire al poniente andaluz). Lo mejor que puede decirse de ella es que es jaenera con sello propio, porque te mires en el espejo que te mires, la imagen que verás será la tuya.

Han cambiado, pero la visión que se tiene de ellas no desaparecerá mientras haya cofradías que vivan en la burbuja de su procesión; que vivan en las cosas de la tierra y no en las del Señor; que sean felices en la comodidad de su “Tabor” particular.

Además, hay que hacer comunión, empezando por sentirse esencial en esa comunidad llamada “Agrupación”. En los años ochenta, conocí una Agrupación donde las cofradías iban “mirándose el ombligo”, pensando en lo suyo; iban a ver qué pillaban y no a ver qué podían aportar. Muchos años después, los viejos atavismos no acaban de desaparecer. Nos preocupa lo nuestro; nos creemos el centro del universo cofrade. Si no hacemos

comunión con los que comparten nuestras inquietudes, ¿cómo vamos a hacerlo dentro de un pueblo de Dios en el que tantos carismas existen?

Cofradías, ¡dejad el calor de vuestros mundos particulares!, ¡salid a esos lugares inhóspitos donde hace frío!, para que, como dice el Papa, os “*embarréis de los problemas de la calle*”, pero con humildad y honradez pues ¡sois Iglesia!, nadie os lo puede negar, pero ¡tenéis que sentir os Iglesia! Estáis llamadas a construir el Reino de Dios aquí en la tierra y para eso, no hay que perder nada, ¡nada!, de vuestro carisma cofrade, sólo ponerlo al servicio de Dios.

### **“PREPARAD EL CAMINO DEL SEÑOR, ENDEREZAD SUS SENDEROS” (Mc 1,3)**

Para anunciar lo que vamos a recordar en la Semana Santa, basta ir a la Palabra de Dios y escoger uno de los anuncios que Jesús hizo de su Pasión, Muerte y Resurrección, pues lo que conocemos de esos acontecimientos proviene de esa Palabra.

Dijo el Papa Francisco: “*existe un profundo vínculo entre nuestra fe y la Sagrada Escritura*” (AI 7). Sin el Señor no se comprende la Sagrada Escritura y sin ésta la misión de Jesús y su Iglesia es algo indescifrable. ¡Con qué verdad escribió San Jerónimo: “*La ignorancia de las Escrituras es ignorancia de Cristo*”! (cf. AI 1; In Is., Prólogo: PL 24,17).

Por eso está aquí entronizada, sobre tejidos de comunidades de África y América donde mis queridas Misioneras de Acción Parroquial, han llevado el compromiso de vivir y testimoniar la alegría de esa Palabra.

Comencé con el primer anuncio del Evangelio de Marcos. Si bastara con esas palabras de Jesús, ¡qué fácil sería hacer este pregón! pero, en esta mañana, sobre este escenario, lo que nos reúne es pregonar la Semana



Santa de Jaén, tradicional complemento del aire pasionista que se respira, y eso es más complicado, porque a la simplicidad de las cosas del Señor, acostumbramos a contraponer la complejidad de las nuestras.

V Semana de Cuaresma, antesala de la Semana Santa; de unos hechos que vamos a recordar, oír, ver de algún modo y, especialmente en este año, reflexionar.

Cuaresma que agita lo más profundo de mi alma; por esos momentos que nos ofrece de intimidad espiritualidad, destacando unos cultos cofrades en los que fijamos nuestra mirada en Cristos y Vírgenes que tanto hermocean en sus altares.

Con los Cultos nos preparamos para la Pasión del Señor, y aunque este año no la revivamos en la calle, el ambiente está creado, y acabaremos adecuando nuestra fe a ese drama, renovado, que cada año conmemoramos en esta tierra, donde la explosión de luz y color propio del sur, exalta el barroquismo en el arte y en los sentidos.

Llegados a nuestra Semana Santa, ¡dejemos que la Palabra ilumine esa complejidad!, y como si fuera el primer cartel “*Humilitas*”, a todos hemos de decir...

### **“VEN Y LO VERÁS” (Jn 1,39)**

Lo que conocemos de la Semana Santa se escribió según lo que contemplaron unos ojos que no alcanzaban a entender lo que veían. Es el recuerdo de algo vivido; revivir lo que sucedió hace ya casi dos mil años...

*Maestro, cuéntame que pasó con Jesús...*

*Escucha, Marcos, llegando a Jerusalén “nos trajeron un pollino, le echamos encima unos mantos, y Jesús se montó” (cf Mc 11,7)*

*La gente estaba llena de alegría y alborozo. ¡Cuánto júbilo! ¡Cuántos rostros felices! Marcos, me preguntaban que por qué iba tan serio; entre*

tanta alegría mi cara desentonaba. Es que no podía olvidar que de camino a la ciudad, tras insistir en decirnos Jesús lo que iba a pasar, tuve una fuerte discusión con Él. ¡No entendía ese empeño en ir, le pedí que no fuéramos! Pero Él decía que ese era su destino.

Cada año, veo esos mismos rostros en la mañana del Domingo de Ramos. ¡Con qué ansiedad van los niños al Ejido de Belén! ¡Con qué anhelo acudía yo desde la cercana casa de mi abuela Juana!...

Nosotros, cuando sentimos la discrepancia entre nuestras expectativas y la respuesta de Dios, hacemos como Pedro: buscar la solución fácil. El pragmatismo que todo lo justifica, se esté de acuerdo o no, guste o no, pero como es lo más fácil... Ante un mundo que evidencia, cada vez más, no querer nada que suene a cristiano, que nos quiere encerrados en nuestros templos como si de un “gulag” se tratara, ¡hagamos entonces lo más fácil!... lo siento Pedro, no cuentes para ello conmigo.

Maestro, me contó mi madre que en la cena de la pascua, Jesús hizo algo raro...

Sí, la cena fue extraña para todos. Estábamos celebrando la pascua como otros años, cuando de pronto Jesús *“Se levantó de la cena, se quitó el manto, se ciñó una toalla, y echando agua en la jofaina, se puso a lavarnos los pies” (cf Jn 13,4-5)*

Yo no comprendía lo que hacía. Cuando llegó a mí me negué: ¿cómo iba a consentir que el Maestro, al que tanto amaba, me lavara los pies? pero en cuanto me dijo que si no quería era porque no estaba con Él, me dejé hacer. Después entendí porque hizo aquello.

Ese gesto lo hemos visto hacer en nuestros templos cada Jueves Santo, pero desde hace unos años, esa lección de servicio y humildad sale a las calles de nuestra ciudad en un paso que me cuestiona: ¿Con cuál de las

imágenes me identifico? ¿Con Santiago que se quita el calzado sin pudor? ¿Con Pedro que se rebeló?...

Creo que aquí coincidiría con Pedro, me negaría, me avergonzaría que Dios se arrodillara ante mí. ¿Y tú? Pero no todo queda ahí, pues Jesús les dijo a sus discípulos: *«Os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis»*. (Jn 13,15). Todos nosotros somos sus discípulos, ¿algo más que añadir?

Pero Maestro, en la fracción del pan tú repites lo que Jesús en aquella cena.

Sí, Marcos. Jesús hizo otra cosa que en aquel momento tampoco entendimos. Mientras comíamos, *“cogió el pan, pronunció la bendición, lo partió y nos lo dio diciendo: «Tomad, esto es mi cuerpo». Después tomó el cáliz, pronunció la acción de gracias, y nos lo dio mientras decía: «Esta es mi sangre de la alianza, que es derramada por muchos” (cf. Mc 14,22-24)*

Nosotros callamos. No sabíamos lo que hacía. No es que Felipe, Tomás y Simón conversaran distraídos; ni que Santiago estuviera absorto; ni que Judas, con un aire extraño, llevara toda la cena sin hablar; ni siquiera yo, que estaba a su derecha, entendí aquello. Lo único que supimos poco después fue por qué Judas estaba tan raro.

Cuando el Domingo de Ramos de 2006 vi el paso de la Santa Cena, pensé: ahora sí tenemos Semana Santa. Nunca concebí como la Institución de la Eucaristía no estaba en la calle. Nuestra Semana Santa era fiel reflejo de lo que durante siglos había sido la celebración de la Pasión, Muerte y Resurrección de nuestro Señor: cruz, cruz y más cruz. Si hay algo que nos identifica como cristianos, esa es la Cruz, pero es la Eucaristía la que nos permite participar de ese sacrificio de la Cruz. Gracias a la comunión del cuerpo del Hijo de Dios, participamos del sacrificio pascual. Una Semana

Santa sin un paso de la Santa Cena, para mí era algo que no iba a la luz de los tiempos.

Sentémonos a la Mesa del Señor, no como aquellos por cumplir un mandato de la ley. Sentémonos sin obligaciones; alegres por compartir esa oportunidad con los hermanos en la fe; cuidemos la sala, cuidemos los detalles, como las cofradías saben hacer, porque no es una comida cualquiera; abramos el corazón para recibir lo que Jesús nos va a decir; seamos felices y dichosos por poder disfrutar de ese momento; y cuando salgamos a la calle, que nos lleve la alegría del encuentro con el Señor.

Maestro, yo os seguí a Getsemaní, pero no pude ver con claridad lo que pasó.

Esa noche jamás la olvidaré. Cuando llegamos, Jesús nos dijo que lo esperáramos. Él se adelantó, cayó en tierra y dirigiéndose al Padre le *“rogaba que si era posible, se alejase de él aquella hora; y decía: «¡Abba! Padre; tú lo puedes todo, aparta de mí este cáliz. Pero no sea como yo quiero, sino como tú quieres»”* (cf. *Mc 14, 35-36*)

Después de lo que comí y bebí, el sueño pudo conmigo. No sé el tiempo que estuvo orando Jesús, pero cuando volvió nos encontró dormidos, y me dijo: *“¿duermes?, ¿No has podido velar una hora?”* (cf. *Mc 14, 37*) ¡Qué mal me sentí!

La escena tiene tanta fuerza que la Congregación hizo bien en darle entidad propia en la tarde del Domingo de Ramos. Jesús llena todo el Misterio, distrayéndonos, de algún modo, de lo que ocurre bajo el olivo: Pedro, Juan y Santiago, duermen.

Somos esos apóstoles. Humanamente es justificable que se durmieran. Ahora bien, lo que se nos pide es la velada espiritual; dormir, y no velar, es dedicarse a la propia realización buscando sólo el poder mundano. ¿Estamos preparados para la *“venida del Hijo del Hombre”*? (Mt

24,42) En la Misa, tras anunciar la muerte y proclamar la resurrección, pedimos: “¡Ven Señor Jesús!”. Seamos consecuentes con esa petición; si lo hacemos, será porque velamos esperando su venida.

¡Cómo nos quedamos cuando apareció Judas con aquella gente! Al parecer, les había dado una contraseña, por eso, *“en cuanto llegó, se acercó al Maestro y le dijo: «¡Rabbi!». Y lo besó”* (cf. Mc 14,43-45)

¡Maldito beso! Siempre lo recordaré como el beso de la traición. ¡Bien hizo en quitarse la vida! Marcos, no olvides lo que ocasionó ese beso.

El paso de Misterio del Amor, también es un claro ejemplo de cómo el sentido de nuestra Semana Santa ha cambiado. Hemos pasado de mirar el dolor de la traición, a mirar la bondad del amor, pues todo el sufrimiento de Jesús en su Pasión, fue por amor: nunca olvidemos “el Amor de Dios”. Amor con mayúsculas que da sentido a nuestra fe y del que nada debe separarnos; un amor que debe ser alimento para el corazón. Lo lamentable es que a veces somos como Judas en la vida cofrade, donde la vehemencia nos lleva a pequeñas “traiciones” sin distinguir el amor del amigo.

Cuando contemples ese paso centra tu mirada en Jesús, olvida todo lo que le rodea; mira, contempla, siente, el Amor infinito de nuestro Dios.

Pero el Maestro no se calló, *“les preguntó por qué no lo habían detenido en el templo donde habían tenido oportunidad, pero les dijo que mejor así, porque de ese modo se cumplían las Escrituras. Entonces todos huimos cobardemente dejándolo solo”* (cf. Mc 14,48-50)

Todavía me pregunto como pudimos hacer aquello, poco hubiéramos hecho, sí, seguro que nos hubieran apresado, pero al menos no se habría quedado solo.

El “Preso”, el “Cautivo”, dos imágenes nos recuerdan ese momento; imágenes tan sencillas como dramáticas, precisamente por su soledad.

En ambos pasos, nosotros podemos reflejarnos en sus imágenes secundarias. ¿Qué no existen? Pues porque no existen, somos nosotros.

A Jesús lo abandonaron todos, hasta los que jamás lo harían, empezando por Pedro. El mismo sentimiento de Jesús tendrá la Madre Iglesia cuando la abandonamos por largo tiempo, o puntualmente ante alguna dificultad. Abandono al que contribuimos cuando la criticamos con alegría; cuando ignoramos sus necesidades; cuando preferimos una iglesia de mantenimiento a una iglesia en salida... En fin, un sentimiento doloroso por el abandono de aquellos a los que Cristo nunca ha abandonado.

Cuando prendieron a Jesús, lo llevaron ante Caifás. Yo lo seguí, y allí, en el patio, el miedo me llevó a negarlo miserablemente como Él me había dicho.

Dentro, *“los sumos sacerdotes y el Sanedrín buscaban un testimonio contra Jesús, para condenarlo a muerte; pero no lo encontraban”*. (cf. Mc 14,55)

Marcos, estaba claro que Caifás y el Sanedrín habían tomado una decisión antes de enjuiciarlo. Sólo buscaban dar apariencia legal a la decisión de condenarlo a muerte.

En nuestras cofradías: ¿cuántas veces enjuiciamos “al estilo Caifás”? y no sólo en las cofradías. La vida me ha enseñado que no he de enjuiciar a nadie según me digan, según me cuenten. Es cierto que en muchas ocasiones la gente tiene razón en sus juicios, pero el daño de una sola injusticia no compensa todos los demás aciertos. A las personas hay que enjuiciarlas después de conocerlas, un conocimiento que para nosotros los cristianos ha de partir desde el amor al hermano, y partiendo de ese amor al otro, conocerlo, enjuiciarlo y después, sea cual sea el veredicto... amarlo.

¡No más juicios “al estilo Caifás”!

Larga fue la noche. De Caifás lo llevaron ante Pilato que no encontró culpa en Él, y al final, no quiso saber nada después de azotarlo (*cf. Jn 19,1*)

Jesús atado a la columna y azotado. Jesús del Perdón daba por sí solo nombre a toda una cofradía. En la tarde del Domingo de Ramos era esperado, sobre todo en la puerta de la antigua prisión. Todo giraba sobre una imagen que era la piedra angular, pero con el paso del tiempo, esa imagen parece haberse empequeñecido ante la pujanza de los otros dos pasos de la Cofradía. Expresiva metáfora de nuestra realidad.

Podemos anunciar a Dios, hacer su voluntad, celebrar su presencia entre nosotros, trabajar por el Reino de Dios, amar al hermano... pero ¿perdonar? “eso es otro cantar”.

El perdón parece ser como si hubiera desaparecido de la Oración que Jesús nos enseñó, hasta el punto que perdonar ha entrado dentro de lo que podríamos calificar como “cristianismo a la carta”. Parece mentira que la propia Iglesia se esté esforzando en recuperar el valor del Perdón, algo que debería de ser consustancial al cristiano.

Contemplar a Jesús del Perdón, rezarle a sus pies, y no irse con la firme voluntad de perdonar al hermano, es propio de un trastorno bipolar cristiano.

*¡Ay Marcos!, ¡cómo se me destrozó el corazón cuando “Pilato sacó fuera al maestro con aquella corona de espinas y el manto de color púrpura”! (cf. Jn 19,4-5)*

Los que estábamos en la plaza de San Félix en 1983, no podíamos imaginar que lo que veíamos iba a desembocar en una cofradía que tiene tras de sí la fuerza de todo un barrio. Tarde de Domingo de Ramos, sinónimo de “Estrella”.

Como ocurre con otras cofradías, completar el paso de Misterio ha sido un acierto al dar sentido a todo un pasaje evangélico: como nos dice

Juan, Pilato muestra a un hombre humillado al pueblo que emite un veredicto (cf. Jn 19,1-16)

Calle Llana; tú haciendo eso que se llama “cangrejeo”. Tú eres el pueblo ante el que Pilato presenta a ese Jesús. Está frente a ti ¿cuál es tu veredicto? ¿Defenderías a ese inocente? ¿Te atreverías a enfrentarte por Él a tu “sumo sacerdote”, a tu “sanedrín”? ¿Te enfrentarías a la multitud o te dejarías llevar por la masa vociferante para acallar tu conciencia?... ¡Más vale que nunca tengamos que comprobarlo!

¡Qué más podían hacerle! ¡Si ya lo habían destrozado! **“Lo cargaron con la cruz y lo obligaron a ir al Gólgota”** (cf. Jn 19,17)

¡Qué camino más largo! ¡El corazón se me salía! ¡A empujones quitaba a todos los que me impedían verlo! ¡No podía apartar la vista de Él! ¡No podía dejar de llorar!... pero sin atreverme a acercarme. A poco de salir, Jesús cayó.

Jesús de la Caída evoca ese instante.

Que Jesús cayera es lógico humana y espiritualmente.

Tras una noche de sufrimiento físico y moral, golpeado y azotado, sin comer ni dormir, pronto caería bajo el peso de la cruz. Más golpes, insultos, risas... Jesús con toda la fuerza de su voluntad logró levantarse y seguir su camino. Pero como profetizara Isaías: **“Eran nuestras dolencias las que él llevaba y nuestros dolores los que soportaba”** (cf. Is 53,4). ¡Eso sí que es una carga!... Por otro lado, Jesús, que nos invita a cargar con nuestra cruz y seguirle, nos enseña que aunque también nosotros caigamos, ninguno debe quedar en el suelo, hay que levantarse con humildad confiando en su bondad, y si no podemos, siempre habrá un hermano que pueda ayudarnos.



Desde la cena, no había vuelto a ver a María hasta que la vi acercarse a Jesús. ¡En su rostro no cabía más dolor! ¡Cómo temblaba cuando le tendió los brazos a su hijo! ¡Cómo maldecí a quienes la apartaron!

La más joven de nuestras cofradías en la calle, el Gran Poder, ilustra la cuarta Estación del Camino de la Cruz.

En su camino, Jesús iría rodeado por esa multitud que se congregara ante el pretorio... también está María, sin apartar la mirada de su Hijo que tal vez la entreviera entre la multitud. Pero llega el momento en que sus miradas se encuentran. María ve al Hijo destrozado, Jesús ve a su Madre angustiada, y en cada uno de ellos el dolor se hace mayor al contemplar el dolor del otro, al tiempo que ambos se sienten consolados y confortados por el amor que se transmiten. Seamos intensos como esa mirada, y al tiempo que nos sentimos consolados en nuestros dolores con la mirada del otro, que la nuestra sea consuelo para el dolor de los demás.

El camino al Calvario es agotador: hagamos un inciso.

En el camino, aparece esa figura que estando siempre presente en nuestras cofradías, no adquirió su gran dimensión hasta hace relativamente poco. Me refiero a María. A esa que, en silencio, dejaba todo el protagonismo a su Hijo.

La Escritura nos presenta a una María sencilla, humilde, entregada a Dios, pero, como dijera Chiara Lubich cuando le preguntaban quién era para ella María: *“Es la que es, Ella es la Madre”*. La Madre del Hijo de Dios. La mujer que en su libertad hizo posible el plan de Dios. La mujer que nos dice *“haced lo que Él os diga” (Jn 2,5)*. La madre que tuvo que ver morir a su hijo. La madre que guardaba tantas cosas en su corazón (*cf. Lc 2,51*)... ¡La madre... a la que tan poca atención prestábamos!

Sí. La imagen de María en la calle era, y a veces aún lo es, la que sufría nuestras prisas, nuestros cansancios; la que veíamos de lejos; aquella ante la que nuestro amor se cuestionaba cuando no la esperábamos.

Recuerdo pasos de la Virgen solos, y eso que había menos procesiones y no se iba con una exasperante lentitud. De esa soledad podría hablar mucho la Virgen de los Dolores de la cofradía de Jesús, que seguro que, si aún estuviera en la catedral, consolaría a la Virgen de las Angustias a la que últimamente veo demasiado sola. Sin embargo, la soledad que más me dolía ver era cuando Ella, cada Jueves Santo, se encaminaba hacia la Merced dejando a su hijo expirando camino a San Bartolomé.

Todo ha cambiado. En mi opinión porque, sin darnos cuenta, hemos cambiado a la Virgen por María; hemos cogido a esa Virgen, a la Señora que habita los cielos, y la hemos bajado a la tierra; la Virgen, la Señora, ahora es María, la Madre, y así parece estar más cercana; a la Madre de Dios la vemos con ojos humanos, pues todos tenemos una madre de la que sentirnos orgullosos. María es así alguien a quien se puede imitar, porque como nos enseña la *“Via Mariae”* de Chiara, imitándola es más fácil alcanzar la santidad a la que aspiramos; para ser santos no hay que pasarse la vida orando o ayunando como hicieran algunos, basta imitar a María.

Una María que es... Trinitaria al hacer posible el plan de Dios; Esperanza cuando alegre fue a visitar a su prima Isabel; Madre cuando salió de sus entrañas el Hijo de Dios; Amor cuando acunó en su pecho al pequeño Jesús; Mayor Dolor cuando Simeón le profetizara que una espada le atravesaría el corazón; Paz en la tranquilidad de Nazaret mientras Jesús crecía *“en sabiduría, en estatura y en gracia”* (Lc 2,52); Caridad y Consolación cuando se preocupó en Caná por los invitados a la boda; Silencio ante las enseñanzas del Maestro; Salud para el cansancio de Jesús, cuando retornaba a casa; un insufrible Dolor y otro, y otro, cuando veía como su hijo iba siendo vejado, humillado y azotado; Lágrimas de

sufrimiento y consuelo cuando se encontró con su hijo en el camino al Gólgota; Amargura en el Calvario ante la impotencia de no poder hacer nada; Siete Palabras ante aquellas que dijera Jesús y que no quería perderse por si podía reconfortarlo; Angustia ante un cuerpo que se iba apagando; Piedad cuando le pedía a Dios que acogiera a su hijo; Soledad por la pérdida de la carne de su carne; Victoria cuando le dicen que han visto a su hijo resucitado; Desamparo por la sensación de abandono cuando Cristo ascendió a los cielos; Estrella para los discípulos y toda la Iglesia en Pentecostés; Dulce Nombre a la que acudimos para que interceda por nosotros ante Dios; pero también Encarnación en su “sí” al enviado de Dios, y Reina de los Ángeles desde su Asunción al cielo. Todo eso es María, reflejado en las etapas de su vida, etapas que algo nos enseñan, enseñanzas que hemos de imitar.

Disculpad que de nuevo vuelva a Chiara, esa mujer tocada por el Espíritu y cuya sencillez he querido que nos acompañe en sus “tres claveles rojos”. Ella nos cuenta lo siguiente: *“Entré un día en la iglesia, y con el corazón lleno de confianza, le pregunté: ¿Por qué quisiste quedarte en la Tierra, en todos los puntos de la Tierra, en la dulcísima Eucaristía, y no encontraste - Tú, que eres Dios - el modo de dejar aquí también a María, la Madre de todos nosotros?... En el silencio, parecía que me respondiese: No la dejé porque quiero volver a verla en ti”*.

Menudo reto se nos propone: ser reflejo de María ante los demás. ¿Te atreves?

Estaba claro que Jesús no iba a poder llegar con la cruz al Gólgota. Así que los soldados *“cogieron a un hombre, que volvía del campo, para que le ayudara a llevar la cruz. A ese hombre después lo conocimos bien, fue Simón de Cirene, el padre de Alejandro y de Rufo” (cf. Mc 15,21)*

Nuestro Padre Jesús, o como a mí me gusta Jesús. Todo se ha dicho sobre Él; su imagen siempre ha despertado en el pueblo innumerables sentimientos y emociones.

En mi juventud, acudía a la plaza Santa María; me metía de lleno en la “bulla” y dejándome llevar por el sentimiento que impregnaba el ambiente, vitoreaba, aplaudía... Hoy no lo haría, pues mi relación con Jesús ha cambiado. Para sentirlo de verdad, no me hace falta verlo en la calle, sólo ir a su camarín, sentarme ante Él y, abandonarme.

Tanto ha cambiado mi relación con Jesús, que al ver el paso en la calle, del que tomo conciencia es de ese Simón. Seguro que tomó la cruz de mala gana, a la fuerza, pero movido por el ejemplo de Jesús y tocado por la gracia, la abrazó con resignación y amor, siendo para él y sus hijos el origen de su conversión. Su ejemplo nos invita a llevar los unos las cargas de los otros, porque en los que más sufren hemos de ver a Cristo cargado con la cruz que necesita nuestra ayuda amorosa.

Jesús insistía en que había venido a dar cumplimiento a las Escrituras. Cuando Marcela salió entre la multitud para limpiarle el rostro, recordé lo que decía el salmo: *“Oigo en mi corazón: «Buscad mi rostro». Tu rostro buscaré, Señor”. (Sal 26,8)*

El Señor, en su gratitud, recompensó ese piadoso gesto dejando grabado en aquel lienzo su Santo Rostro. Seguro que no tuvieron la misma consideración con ella los soldados que rodeaban a Jesús.

Esa mujer encarna el anhelo de los que buscamos el rostro del Señor, rostro que no debemos buscar mirando al cielo, porque Dios está aquí entre nosotros, en tantos hermanos nuestros que comparten de diversos modos la pasión del Señor. No olvidemos sus palabras: *“Cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis” (Mt 25,40)*

Y tuvo que ser de nuevo una mujer, a la que el espectáculo no le oscureció el corazón, la que presta un ejemplarizante servicio de bondad.

Y tuvo que ser de nuevo una mujer...

Curioso el papel de la mujer en la Pasión de Jesús. Una aparente pagana intercede por Él; otra le limpia la cara; otras lloran al verlo... son el anónimo rostro misericordioso en la Pasión, pero rostro de mujer.

Recuperar las cofradías llevó a la mujer a cambiar su rol. Como bautizadas tienen los mismos derechos y obligaciones; nuestras “Martas” tienen derecho a ser “Marías”. Ya hay mujeres que ocupan cualquier cargo, realizan cualquier labor, asumen cualquier responsabilidad, y ello me alegra. La presencia de la mujer en el mundo cofrade supone, en muchos casos, garantía de futuro, porque ellas pueden llegar a sostener ese mundo lo mismo que sostienen muchas comunidades parroquiales.

Como enfermero, he sido agraciado con un don: trabajar rodeado de mujeres, algo de lo que siempre estaré agradecido a Dios, porque ellas me han transmitido una gran cantidad de valores que me han enriquecido como persona. Podría hablar mucho de esas mujeres, y jamás les haría justicia, pues son un regalo de Dios.

El “genio femenino” es maravilloso... que nadie las mire con cierto desdén ni en nuestras cofradías, ni en nuestra iglesia.

Marcos, cuando llegaron al Gólgota, lo primero que hicieron fue desnudarlo. ¡Parece que no habían tenido bastante!

La Décima Estación del Vía Crucis nos la trae la Cofradía del Despojado, con un Misterio que tardó demasiado en completarse, desde aquel año en el que saliera del colegio de Cristo Rey, sólo con la imagen de Jesús.

El Despojado tiene una clara significación para nosotros.

En el Calvario, los soldados despojaron a Jesús de sus ropas sin ningún cuidado, incluidas las que tuviera pegadas en las heridas. Para Jesús sería muy doloroso ser así despojado, al igual que para su Madre ver en qué manos quedaron aquellas ropas, que tal vez ella misma hiciera y que seguro hubiera deseado conservar.

Pero hay algo tras ese gesto: ser desnudado significaba que Jesús no era nadie. En ese instante, como con la expulsión de Adán del Paraíso, Jesús asume la situación del hombre caído; ese Despojado nos recuerda que perdimos la “primera vestidura” y, con ello, el esplendor de Dios, pero con su Muerte y Resurrección nos puso de nuevo en el camino de recuperarlo. Seamos conscientes de ello, y pidámosle al Señor de la Pasión que nunca perdamos de nuevo nuestra “vestidura”.

Hablando de vestidura... la cofradía trajo algo nuevo. A mi edad, si aún puedo meterme debajo de un paso es gracias al costal.

Decían que era una moda, pues ¡bendita moda! A pesar de las justas críticas por el “postureo”, ha traído algo muy bueno: con el costal no hay costaleros de esos que van a echar un rato en la procesión, y después desaparecen en lugar de acompañar a su cofradía. Costaleros a los que no les importa las horas que la cofradía esté en la calle, no entienden de lentitudes ni retrasos, total para un rato que van a estar...

El Martes Santo, el Santísimo Cristo de la Humildad no sale gracias a mí, sino gracias a los hermanos que me acompañan ahí debajo. Sin ellos y su esfuerzo, yo no podría hacer realidad el sueño de encontrarme íntimamente con Cristo, ni vivir el sentimiento inigualable que allí te invade... ¡cuánto tengo que agradecerles! Siempre prestos a ayudarme, a suplir algún momento de debilidad, siento su ayuda desinteresada, su cariño; la pasión que ponen me fortalece; con qué facilidad me hacen dichoso. Gracias hermanos, que el Señor ¡os siga bendiciendo!

...pero no sólo crucificaron al Maestro, junto a Él crucificaron **“a otros dos, uno a cada lado, dejando a Jesús en medio”** (cf. *Jn 19,18*)

La cofradía ubicada en San Juan, me lleva a casa de mi abuela Ascensión; a mi tío Manolo, que se metía bajo los pasos cuando iban sobre ruedas; a difíciles salidas; a la llamativa y ya perdida sección sanjuanista...

Pero por encima de todo, a contemplar una escena única: Jesús y los dos ladrones. Jesús, en la cruz, fue misericordioso con Dimas cuando este le imploró que se acordara de él cuando llegara a su reino (cf. *Lc 23,42*). Para Dios siempre hay tiempo. Nunca es tarde para una súplica, para el deseo de volver a su seno; siempre estamos a tiempo de reconciliarnos con Él; siempre hay amor para el pecador arrepentido.

¿Cuál de las posturas, de Dimas o Gestas, tenemos nosotros? ¿Miramos a Cristo o le volvemos la cara? Supongo que nuestros demonios particulares harán que tengamos momentos de todo, pero, confiados en su misericordia, no esperemos al último instante como Dimas, no esperemos al atardecer de la vida, porque como dice la Escritura: *“Estad atentos, vigilad: pues no sabéis cuándo es el momento”* (Mc 13,33)

¡Qué largo se hizo el tiempo que Jesús estuvo en la cruz! **“y a la hora nona, Jesús gritó: «Eloí, Eloí, lemá sabaqtaní», que quiere decir: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»”** (cf. *Mc 15,34*)

Esas palabras siempre acompañaron al Cristo de la Expiración. El crucificado más bello de la ciudad. El crucificado de las potencias que, en una pequeña fotografía en blanco y negro, presidiera la casa de mi tío Salvador. El crucificado que reconocí en San Bartolomé cuando fui a recibir mi Primera Comunión.

El crucificado al que alumbré en mi primera procesión de la que recuerdo la cochera donde daban las velas en la calle los Coches; el traje todo morado de las Siete Palabras; el trono que se ensanchaba...

El crucificado que me llevó a ser costalero y al que nunca porté. El crucificado con el que me enfadaba cada Jueves Santo, cuando alguien subía a La Merced diciendo que faltaban costaleros en el Cristo, y nos quedábamos menos para portar a su Madre.

El crucificado que no calló en la cruz. Cada una de sus palabras es una oportunidad para la meditación espiritual.

A mí siempre me llamó la atención las que he leído. Jesús, en su agonía, aún tuvo lucidez para dirigirse al Padre con el salmo 22; oración conmovedora, en la que el inocente perseguido por los que quieren su muerte, recurre a Dios en un doloroso lamento que acaba en alabanza, en la certeza de la fe. Un Dios que pareciendo lejano, siempre está cerca en la existencia del orante, con una ternura incuestionable.

*...y Jesús, “**inclinando la cabeza, entregó el espíritu**”. (Jn 19,30)*

Seis crucificados reproducen la muerte de Jesús. Todos iguales, todos diferentes.

El orgullo del estudiante convertido en Misericordia; la identidad de un barrio transformado en Clemencia; el silencio signo de Humildad; el honor del caballero mutado en Buena Muerte; el servicio de todo un Cuerpo de la Guardia Civil hecho Vera Cruz; la obra de arte reflejada en Calvario; distintas expresiones del mismo punto de referencia cristiano. Veneremos la imagen que veneremos, el crucifijo es nuestro símbolo de pertenencia y el Crucificado el origen de nuestras cofradías.

Podría hablaros de los Estudiantes saliendo de la Iglesia de Belén; de mi abuela Ascensión a la puerta de la iglesia de la Magdalena; de los preciosos trajes blancos y celestes del cortejo de la Angustias; de conciertos de la Guardia Civil en el “Asuan”; de mis vivencias cofrades, pero ante Cristo en la Cruz más vale callar, contemplar y reflexionar. La clave de la salvación, la clave para superar los desiertos, es mirar al Crucificado.



Si sientes que tu vida se oscurece, mira allí, mira las llagas, penetra por ellas. Jesús vivió el amor hasta dejarse despedazar por la muerte. En la Cruz se derrumbaron muchas esperanzas terrenas de los que no entendieron el mensaje del Hijo de Dios, pero nosotros creemos que en el Crucificado ha renacido nuestra esperanza. Mira la cruz, mira a Cristo crucificado, de ahí te llegará la esperanza que jamás desaparece, esperanza que ha brotado por la fuerza del amor. Una noche, sentado en uno de esos sillones vacíos, pidiéndole a Dios que acogiera a un enfermo en su agonía, vislumbrar en él a “Jesús Abandonado” en la cruz, a mí me rescató de las tinieblas...

La Hermandad que me identifica es la del más pequeño de esos crucificados, imagen anónima, en su tiempo maltratada, que se esconde a las miradas en el templo de Cristo Rey; imagen que en los años sesenta era parada obligatoria, cada tarde, en el camino a mi casa en Peñamefécit.

Soy hermano del Silencio por una mujer. Empezaba la década de los ochenta cuando Madre Esperanza, la querida Misionera de Acción Parroquial, nos pidió a los jóvenes de la parroquia que nos apuntáramos a la Cofradía del Silencio, pues no tenían a nadie. Siempre le agradeceré que pusiera ante mí, un precioso camino de encuentro con Dios.

Desde la inexperiencia, con ese faro que era Bartolomé Cerezo, se consiguió levantar poco a poco la Hermandad con el trabajo de muchas personas, sin orgullos ni vanaglorias; un trabajo que pronto nos llevará a poder ver al Hijo y a la Madre. La imagen de Ella, bautizada como Madre de Dios por quien fuera nuestro Capellán D. Juan García, ha esperado el regreso de su Hijo como hiciera María en Nazaret; y cuando lo acompañe, irá sobre un paso que no dejará a nadie indiferente.

Pero aunque salga la Madre, y centre en su paso las miradas, la fuerza del Silencio seguirá estando en la cadena, en ese hilo de amor que une a los hermanos para que ninguno se pierda en el camino a Dios; que

une a los que son “la luz del mundo”; que te invita a guardar silencio ante Dios para que oigas que le dice a tu corazón.

La fuerza de mi Hermandad, de todas las cofradías, está en el penitente. ¡No os equivoquéis! Ni en el costalero, ni en el músico, ni en los servicios de procesión, está en el olvidado penitente. En ese en el que no se piensa, en el que más sufre el cansancio y el agotamiento; en el que da sentido a que la cofradía esté en la calle. La imagen es esencial, y después el penitente; una imagen sin penitentes no tiene sentido.

*Cuando “caía la noche, José de Arimatea, al que conocíamos por haber seguido a Jesús, aunque formaba parte del Sanedrín, acudió a Pilato y le pidió el cuerpo de Jesús. Pilato al principio se extrañó de que ya hubiera muerto, pero al decirle el centurión que eso era cierto, ordenó que se lo entregaran” (cf. Mc 15,42-45)*

El Descendimiento llama la atención por su grandiosidad. En él vemos las imágenes de los que estuvieron al pie de la Cruz, y otros que llegaron después.

Sí, los que aparecieron cuando todo había acabado. ¿Cuántas veces hacemos eso nosotros? Como suele decirse, “nos subimos al carro cuando está en marcha”, no cuando las cosas están difíciles y exigen nuestro compromiso. Llegamos como José. A quitarle los clavos son sumo cuidado y descender el cuerpo con delicadeza. Es cierto que hizo el hermoso gesto de coger el cuerpo de Jesús y dejarlo sobre el regazo de una Madre destrozada, pero eso seguro que no consoló su corazón del dolor de no haber hecho algo más, en el Sanedrín, para impedir que se produjera la escena que vería a distancia.

En nuestra fe, Dios nos pide que demos la cara por Él incluso en las dificultades que se nos presentan cada día. No hagamos como José, no adoptemos la postura del observador distante que no se implica desde

dentro. Cambia la seguridad del espectador por la fragilidad del implicado. ¡No escondas tu fe! ¡Tu fe no es para ti, sino para los demás!

*Y aunque María no quería soltar el cuerpo de Jesús, “José, tomó el cuerpo, lo envolvió en una sábana nueva, lo puso en un sepulcro excavado en la roca, y rodó una piedra en su entrada” (cf. Mc 15,46)*

En nuestra Semana Santa, dos imágenes recrean ese instante: Jesús sepultado, Jesús yacente. Ambas nos llevan al instante en el que un corazón queda sumido en tinieblas: el de María. Tinieblas ante las que se abría la esperanza de la promesa de su Hijo, pues había dicho que resucitaría.

En todas nuestras situaciones humanas que de algún modo reflejan esa sepultura, la fe en la resurrección es el consuelo más firme y profundo que podemos tener, porque Cristo, convirtió la muerte y el sepulcro, en un lugar de mera transición.

María pudo despedirse de Jesús. En esta pandemia, ¿a cuántas “marías” se les ha quitado, inhumanamente, el derecho al dolor que supone despedir el cuerpo inerte de un ser querido?

En mi puesto de trabajo, en esta última ola, 28 personas se han encontrado con la muerte. 28 personas en las que mis compañeras y yo nos hemos volcado venciendo cualquier tipo de temor, en las que hemos puesto mucho más que profesionalidad, hemos puesto el corazón, el cariño, hemos estado atentos a cualquier atisbo de sufrimiento para aliviarlo recibiendo a cambio un gesto de agradecimiento, una mirada de consuelo, una sonrisa de gratitud. Se nos han ido personas con nombres y apellidos, con una vida, con una familia que en la mayoría de los casos no han podido ni siquiera verlas. De esas personas siempre recibimos más de lo que les habíamos dado, por eso, más de una lágrima hemos derramado.

Y mientras nosotros vivíamos eso, la miseria humana nos envolvía en un hermoso papel de celofán a personas como descartes, que nadie te cuente lo contrario. ¡Ahora me dicen que nada de eso vale! ¡Que lo mejor es aligerar todo con la muerte! Lo digo aquí, bien claro: que no cuenten conmigo para ocasionarle la muerte a nadie. Mi Dios es el Dios de la vida y del Amor, mi dios no es el hombre de la miseria y de la muerte.

**“ID AL MUNTO ENTERO Y PROCLAMAD EL EVANGELIO A  
TODA LA CREACIÓN” (Mc 16,15)**

Marcos, ¡cuántas veces nos dijo Jesús que resucitaría y nosotros no llegamos a creerlo! Cuando vino María y nos dijo lo que *“le había dicho un joven vestido de blanco en el sepulcro: que Jesús estaba vivo y nos esperaba en Galilea, no la creímos” (cf. Mc 16,5-7.11)*. ¡Qué locura estaba diciendo!

En el plan de Dios, la meta no estaba en el sepulcro, sino en la Resurrección, donde la vida vence a la muerte, la gracia al pecado, el amor al odio... parece mentira que el mundo cofrade, incluso la Iglesia, tardara tanto tiempo en reconocer esta verdad. Centrados en la Pasión y Muerte, la Resurrección quedaba un tanto olvidada.

Cuando la Agrupación incorporó al Señor Resucitado a nuestros desfiles procesionales, se formó el cortejo más colorido y desorganizado que había. Llegaba quien quería, se ponía en las filas con los suyos (como hacen los distintos grupos dentro de la Iglesia) y se marchaba cuando le apetecía. Convertirse en cofradía es lo mejor que pudo ocurrir para que la Resurrección adquiriera su debido reconocimiento en el mundo cofrade. De la mano de personas que piensan cada día del año en la feliz mañana de ese domingo, se lleva a nuestras calles la inmensa alegría de nuestra fe.

Hemos recordado la Pasión, Muerte y Resurrección de nuestro Señor. Acabada la Semana Santa, por mucha añoranza que te invada, no vuelvas a tu día a día como aquellos discípulos de Emaús, desilusionados, cabizbajos, desalentados, como si lo vivido no hubiera servido de nada.

Seguro que este año acompañarás a la imagen que veneras el día que hubieras hecho tu manifestación pública de fe, y en ese momento, el tiempo se detendrá mientras conversas con ese Dios que habita en ti, y te sentirás parte del pueblo que camina hacia la santidad. Si te encuentras con un hermano que camina como los de Emaús, no lo dejes, acompáñalo como Jesús, escúchalo y descúbrelle lo que en realidad ha ocurrido.

Este pregón se acerca a su fin. Muchos interrogantes nos han suscitado esas imágenes en las que os he invitado a veros reflejados; ya deseo ver en la calle que me cuestionan la Sentencia y la Sagrada Lanzada. Interrogantes a los que podemos responder partiendo de una sola verdad: ¡Cristo ha resucitado!

Un pregón que, en el fondo, no es nada... si lo comparamos con el Pregón de todos los pregones, el pregón que nunca superaremos: el Pregón Pascual, que cada año, en la *“noche como el día, la noche iluminada por mi gozo”*, nos canta el triunfo definitivo de Cristo sobre el pecado y la muerte; el triunfo de la luz de nuestro Salvador sobre las tinieblas que en el Calvario, parecían haber vencido.

¡Sentid!, ¡vivid!, ¡exultaos y regocijaos! ¡Cristo vive!... ¡Sí, Cristo vive!

Al iniciar la Cuaresma, leamos la alianza que Dios estableció con Noé: *“No habrá otro diluvio que devaste la tierra”* (cf. Gn 9,11)

¡Déjate de lamentos! Nada podrá con la esperanza de volver a vivir el planchado de las túnicas, rebuscar el atuendo costalero, ensayar en

noches frías, recoger papeletas de sitio, montar pasos en veladas nocturnas, rezar en los “retranqueos”... El cofrade, por mucho que preserve la tradición, siempre mira hacia adelante ilusionado y esperanzado con algo mejor, porque es Cristo y su Bendita Madre los que lo esperan.

¡Sal de la seguridad de tus paredes! ¡Abandona miedos y temores, Dios no quiere que vivas así!... y ¡transforma tu pasión cofrade en auténtica “pasión católica”!

¡No te quedes en el templo! ¡Vete a tu Galilea! ¡Allí te espera Jesús!

Marcos, todo lo que te he contado pasó en Jerusalén, pero ocurre, cada año, en aquella ciudad que ves allí, sí, la que parece abandonada por el resto del mundo. Una ciudad tan especial que el mismo Dios quiso dejar en ella su Santo Rostro. Una ciudad de gentes sencillas, trabajadoras, amantes de su tierra, gentes que a lo largo de la historia siempre la han defendido, gentes de las que todos se han servido con falsas promesas, buscando el beneficio propio antes que el bien común de esa tierra...

Maestro, no veo que todo lo que me has contado pase allí.

¡Ay joven Marcos! Se ve que no sabes dónde mirar. No mires sus calles; todo lo que te he contado ocurre en los corazones de sus gentes, unos corazones que anhelan poder volver a vivir su particular Pasión, pero que mientras tanto, cada latido alimenta el ansia de poder volver salir a la calle, y decir a los cuatro vientos, soy cofrade, soy cristiano.

Acabemos el pregón con una última cuestión que añadir a todas aquellas que nos han interpelado durante el mismo: “Tú, si tú, cofrade, ¿te has dado cuenta que Dios está inmensamente enamorado de ti?”

*Laus Deo*